

#quedateencasa

R. A. Serrav



Capítulo 1

—Poné la pava—¿Cuándo se transformó el pedido en orden? ¿Fue antes o después de que empezara todo esto?—¿Sos o te hacés? ¡Poné la pava!

Temblando, como siempre, Cata hizo lo que su marido le pedía. En realidad no era su marido, porque no estaban casados, pero bueno, en el barrio es así, después de un tiempo de convivir una pasa a ser la mujer de. Poco a poco va perdiendo identidad; poco a poco va olvidando quien era antes; poco a poco Cata desaparece.

Cómo terminó en esta situación es algo que nunca llegó a comprender muy bien. Un día apareció ese hombre en la escuela, prometiendo el oro y el moro, y ella le creyó, no por ingenua, sino porque realmente quería salir de ahí. Le había dicho que ni bien terminara el colegio se iban a ir a la ciudad, que ella era mucho para ese pueblito de cuarta perdido en el mapa. Le había dicho que iba a estudiar y ser una universitaria, como él. Le había dicho que la amaba. Y seamos sinceros, un poco la excitaba la idea del amor prohibido entre el profesor y la alumna.

Ahora, sin embargo, del amor no había ni rastro, la universidad no era una opción, por la pandemia, y la ciudad era sólo un barrio de casas viejas.

—Tenés que agradecer que te saqué de ahí—Cada palabra dolía—. Cuando termine esto vamos a ir de vacaciones, a Mar del Plata. ¿No conocés Mardel, no? Te va a gustar, bueno, cualquier lugar es más lindo que el pozo donde vivías, así que obviamente te va a gustar.

No la golpeaba, al menos no físicamente, aunque a veces las palabras dolieran tanto como puños. Y la risa, la risa era lo peor; el constante recuerdo del favor que le había hecho.

Lo odiaba, pero no había nada que pudiera hacer para escapar. Quién iba a pensar que el destino la llevaría de una prision sin rejas a una con cuatro paredes y microondas.

—Voy a corregir, no me molestes—mate en mano se fue a la pieza a corregir, como le gustaba llamar a su rutina de stalkear estudiantes por instagram.

Prendió la tele y la puso bajito, porque dejaba la puerta abierta de la pieza, para escuchar lo que ella hacía, por las dudas. En cada canal la misma noticia: el mundo está en llamas, el país se viene abajo, la economía se derrumba, el virus se fortalece; y la peor: quedate en casa.

Que fácil pedir algo que para ella era una sentencia.

Cuando empezó la pandemia pensó que la suspensión de clases presenciales no iba a durar mucho; sin embargo, esta idea se desvaneció casi de inmediato con el anuncio de la cuarentena. Ahora, quién sabe cuántos días después, lloraba cada vez que se anunciaba una nueva extensión. Las horas se hacen eternas cuando no tenés opciones, y el regalo de la salida al super se vuelve lo más esperado de la semana.

Despertarse, limpiar, preparar el almuerzo, cebar mate, hacer la cena, dormir; repetir.

—¡Catalina!—el tono delataba cuánto había tardado en responder al llamado. Entró a la habitación casi corriendo—Vení, mirá lo que es esta pibita. Lo pide a gritos, ¿no?

Sus manos acariciándola eran la sensación más horrible del mundo, y no entendía cómo era posible que fueran las mismas manos que antes le habían dado tanto placer. Entendió enseguida lo que tenía que hacer; asintió en silencio y se arrodilló despacio.

—Mirame—le tiraba el pelo para levantarle la cara—. No dejes de mirarme.

Hay instantes que duran una eternidad, y este era uno de ellos. No podía llorar; no podía gritar; no podía golpearlo.

Cuando él dormía ella pensaba; armando planes e imaginando una vida pos covid. Algún día esto terminaría; algún día tenía que terminar.

¿Cómo era su vida antes de la pandemia? ¿Cómo era su vida antes de él? Los recuerdos son algo engañoso; el cerebro es una máquina que funciona de maneras misteriosas. Unas veces nos parece que todo tiempo pasado fue mejor, y otras haríamos hasta lo imposible por no mirar atrás. Para Cata era muy claro: no quería volver al pueblo; no podía volver al pueblo. Y por eso aguantaba, porque estaba segura de que cuando todo terminara podría escapar; sola, porque no lo necesitaba. Porque, tal y como se lo había dicho él, era muy inteligente; demasiado para quedarse toda la vida en ese pueblito de cuarta perdido en el mapa.